



espacio abierto

Cuaderno Venezolano de Sociología



Auspiciada por la International Sociological Association (ISA),
la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)
y la Asociación Venezolana de Sociología (AVS)

Vol.25
Enero - Marzo
2016

1



Leer el conflicto social. América Latina en tiempos de crisis civilizatoria¹

Mariano Salomone

Resumen

En el último decenio *Nuestra América* ha sido objeto de una nueva ofensiva del capital global, bajo la cual se puso en marcha una intensa recolonización del territorio y los *bienes comunes* de la naturaleza. No obstante, dicha ofensiva extractivista está siendo fuertemente confrontada por un nuevo ciclo de luchas sociales abierto en la región. Este estudio se pregunta acerca de los desafíos conceptuales que dichas condiciones históricas imponen a la lectura del conflicto social. La reflexión apunta a señalar que la defensa de la naturaleza como bien común adquiere un lugar central en la dinámica conflictiva, puesto que deviene punto clave en la determinación de un antagonismo social que tiende a configurarse como *crisis civilizatoria*.

Palabras clave: Acumulación por desposesión; América Latina; conflicto social; crisis civilizatoria; pensamiento crítico; teoría social.

1 El presente trabajo es producto de una investigación desarrollada en el marco del Postdoctorado en Historia de la *Universidad Andina Simón Bolívar (Quito, Ecuador)*, realizado entre abril de 2013 y julio de 2014.

Interpreting social conflict. Latin America in times of civilizational crisis

Abstract

During the last decade, Latin America has been subject to a new assault of global capital, through which a powerful recolonization of territory and natural *commons* was introduced. Nevertheless, this extractive attack is being strongly challenged by a new cycle of social struggles in the region. This study looks into the conceptual challenges that these historical conditions impose on the interpretation of social conflict. The reflection points to be noted that the natural commons defense takes center stage in the conflict dynamic, as becomes key point in determining a social antagonism which tends to be configured as a *civilizational crisis*.

Keywords: Accumulation by dispossession; civilizational crisis; critical thinking; Latin America; social conflict; social theory.

Introducción

El punto de partida de este trabajo considera que, a comienzos del siglo XXI, la defensa de la naturaleza como bien común ha adquirido un lugar central en la dinámica de la conflictividad regional, puesto que deviene punto clave en la determinación de los antagonismos sociales en América Latina. En las últimas décadas la mundialización del capitalismo produjo una profunda reestructuración de las relaciones entre economía y política, reconfigurando el continuo proceso que Harvey ha denominado “*acumulación por desposesión*” para señalar la violencia inherente a ese modo de organización de la producción y reproducción de la vida social. *Estamos frente a la irrupción de una nueva época histórica caracterizada por la inaudita capacidad que ha alcanzado el capitalismo para destruir, a corto plazo, las condiciones que hacen posible toda forma de vida en el planeta tierra. Los problemas que acarrea esta translimitación ecológica han sido señalados por un amplio y diverso conjunto de intelectuales como aquello que marca la especificidad de nuestro tiempo (sólo por citar algunos/as, véase: Hinkelammert, 1998; Lander 2009; Löwy 2011; Ceceña, 2012; Lang y Mokrani, 2011).*

En el último decenio *Nuestra América* y el sur del mundo han sido objeto de una nueva ofensiva del capital global, bajo la cual se puso en marcha una intensa recolonización del territorio y de los *bienes comunes* de la naturaleza (como la tierra y el agua, el petróleo y los minerales). En efecto, se intensificó la expansión de proyectos tendientes al control,

extracción y exportación de bienes naturales que están contribuyendo a consolidar una economía *extractivista*. Todo lo cual tiende al fortalecimiento de una división internacional del trabajo basada en la reprimarización de la estructura económica regional (Acosta, 2009; Svampa y Antonelli, 2009; Seoane, Taddei, y Algranati 2013). No obstante, estas tendencias hegemónicas están siendo fuertemente confrontadas por un nuevo ciclo de luchas sociales abierto en la región, un conjunto heterogéneo de experiencias que hacen de la “ética del bien común” (Hinkelammert, 2008) el fundamento histórico de modos alternativos de producción y reproducción del vínculo social. Una extraordinaria gama de formas de existencia y resistencia, de movilización y lucha de pueblos, comunidades, organizaciones sociales, movimientos y redes locales, regionales y globales que construyen solidaridades a partir de la reivindicación de la vida y el rechazo al control y sometimiento de la naturaleza, incluidos los seres humanos (Lander, 2009).

Definido en estos términos, este estudio se pregunta acerca de los desafíos conceptuales que dichas condiciones históricas imponen a la lectura del conflicto social en la región latinoamericana. Es decir, busca interrogar un horizonte de lectura desde el cual pensar la conflictividad contemporánea, perspectiva que pone el acento en los cambios operados en el capitalismo contemporáneo, principalmente entre economía, política y cultura, y las maneras en las que estas transformaciones producen determinaciones históricas específicas en las dinámicas conflictivas. Por lo tanto, la problematización supone una fuerte articulación entre, por una parte, la interrogación sobre la perspectiva teórica; por la otra, un trabajo de periodización de la dinámica del conflicto. Ambas inextricablemente unidas.

Desde el punto de vista metodológico, planteo la necesidad de horizontes de lectura que recuperen el punto de vista de la totalidad, que sean capaces de superar las dicotomías entre pasado y presente y las separaciones entre lo político y lo económico, entre lo social y lo ambiental. Es decir, capaces de percibir la *historicidad* del conflicto social: como veremos, el debate acerca de la categoría de acumulación originaria encuentra aquí su relevancia teórica. A contrapelo de la tradición positivista que describe el mundo para confirmarlo en su estructura, parto de la idea de que el mundo dado ha sido históricamente producido y puede ser transformado también en y por la praxis histórica. De ahí el esfuerzo por un tipo de teoría que permita romper las evidencias que se presentan como la realidad “tal cual es”, una tan precisa como incommovible. Sin embargo, el presente adquiere semejante plenitud sólo cuando es deshistorizado, cuando se toma su identidad en relación consigo mismo y no con sus Otros: lo que fue en el pasado, lo que puede ser en el futuro. Asimismo se presenta una suerte de historización de la conflictividad social en el último cuarto de siglo en América Latina, que plantea la posibilidad de reconocer en el ciclo de protestas contra el neoliberalismo cuatro etapas. En este punto, he tomado la propuesta de periodización regional elaborada a través de sus trabajos por el *Grupo de Estudio sobre América Latina y el Caribe (GEAL)* (SEOANE, TADDEI Y ALGRANATI, 2010 Y 2013).

1. Economía, política y cultura en el capitalismo tardío

Los problemas conceptuales que enfrenta la teoría crítica para leer el conflicto social refieren, en un sentido, siempre a una misma cuestión, la dificultad para *historizar* los “hechos sociales”. Pensar el conflicto social, la configuración de los sujetos y sus

formas de organización, supone siempre un gran esfuerzo de *historización*. Entonces, para entender la dinámica de la conflictividad es preciso un trabajo de recuperación de la historicidad de los antagonismos sociales: la capacidad para reconocer su condición histórica, percibiéndolos como productos de determinados pasados y siempre abiertos a un movimiento a futuro. En efecto, comprender la disputa social que se constituye hoy en día en torno a los bienes comunes de la naturaleza, el proceso de “ambientalización” de la lucha socio-política en la región, supone dilucidar su inscripción en una trama histórica que la vincula al juego entre diferentes temporalidades. Un tiempo histórico denso cuyo significado, tal como pensaba Walter Benjamin, se encuentra precisamente en el trabajo de *sobredeterminación* que ejerce una temporalidad sobre la otra, en la unidad monádica que configuran. Así, por ejemplo, podemos observar que ese proceso se encuentra inextricablemente ligado al conjunto de transformaciones que tuvo lugar en el capitalismo tardío desde la década del setenta, bajo su expansión a escala planetaria (“globalización”). Aunque, paradójicamente, esas transformaciones volvieran a colocar, como experiencia histórica y asuntos en disputa, los principales elementos que caracterizaron al antiguo *colonialismo* que impuso, en toda la región, la Conquista española, hace más de cinco siglos: el hambre, el trabajo esclavo, la profunda reorganización del territorio en función del saqueo y el despojo en todas sus formas, en fin, la *violencia* despiadada sobre seres humanos y naturaleza². Entre esos dos tiempos históricos, podríamos decir de larga y corta duración, encontramos también que la conflictividad abierta en torno a la defensa de la naturaleza reedita, a su vez hoy, los dilemas y debates que tuvieron lugar a mediados del siglo XX en relación a las políticas de “desarrollo”.

Al preguntar por la experiencia latinoamericana contemporánea y las dinámicas del conflicto que jalonan su geografía, debemos partir de una serie de consideraciones teóricas que pertenecen a un lugar común dentro del amplio campo de las ciencias sociales. Muchos de los análisis referidos a la experiencia política de los sectores subalternos han insistido en el hecho de que, desde la década del setenta, la tendencia a la mundialización del capitalismo como proyecto histórico-social realmente global, ha provocado una profunda reestructuración de las relaciones entre economía y política. Las últimas décadas han significado un salto histórico, un cambio de época en el que, por medio de las nuevas tecnologías y la presión sistémica ejercida sobre el mundo del trabajo por la creciente financiarización del capital, las relaciones sociales propias del capitalismo han logrado ampliar la base material de su reproducción y someter la totalidad de las relaciones sociales y las actividades de la vida social a los imperativos de la ley del valor (subsunción real y formal del trabajo por el capital). Ahora bien, esta extensión de la explotación a todas las dimensiones de la vida social, ha conformado también la base material para una ampliación de los sujetos históricos convocados a transformar la realidad social, de ahí la

2 Héctor Alimonda describe la Conquista española como una profunda reterritorialización del espacio continental en una escala hasta entonces desconocida por la humanidad. Un gigantesco reordenamiento de los territorios en función del establecimiento de lo que ha sido denominado “economía de rapiña”. La conquista de América por los europeos fue probablemente la experiencia más violenta y radical de la historia. Supuso una *ruptura, el punto de inflexión que da origen a la particular heterogeneidad y ambigüedad de las sociedades americanas y de sus imaginarios sociales, pero también a la flora, la fauna y los paisajes* (Alimonda, 2006: 241).

emergencia de una multiplicidad de conflictos a partir de los cuales diferentes colectivos se constituyen como sujetos políticos que han sido llamados “nuevos movimientos sociales” (Houtart, 2006).

En este punto es crucial retomar el análisis que hace Ellen Meiksins Wood (2000) sobre el capitalismo como proceso de “privatización de lo público”. Esa idea central de la autora resulta valiosa para comprender la lógica sistémica que sostiene la configuración de los antagonismos sociales en nuestras sociedades. La autora, recordemos, propone comprender la especificidad del capitalismo como el proceso histórico por el cual una cantidad cada vez mayor de asuntos de interés público se someten a la decisión privada, y son transferidos a una esfera separada e independiente de la “política”, llamada “economía”. Esa *separación* está en la base de la relación social capitalista, de la acumulación de capital (desposesión) y, también, de la lucha de clases. Cuando el capital sale de la fábrica y se expande sobre todo el territorio de la vida social, sobre la totalidad de sus relaciones y actividades, esa separación continúa sus pasos: ahora ese proceso refiere a la separación de los diversos sujetos respecto de las condiciones materiales para realizar cada una de las actividades que requiere la producción y reproducción de su vida social, es decir, ahora incluye la capacidad de planificación, gestión y producción de la mayoría de los asuntos relevantes que hacen al modo en que desean vivir.

1.1. Los tiempos del capitalismo: la ciclicidad de la acumulación originaria

Recientemente han adquirido relevancia viejos debates, como el que tiene lugar alrededor de la noción de *acumulación originaria* dentro del amplio campo de la tradición marxista. *Despojo* (Roux, 2008), *acumulación por desposesión* (Harvey, 2004) o *nuevos cercamientos* (Midnight Collective Notes, 2012) resultan diferentes formas de aludir a una misma cuestión, el hecho de que el proceso histórico que describiera Marx como transición al capitalismo, marcado por la escisión entre productores y medios de producción que avanzaba impuesta a “sangre y fuego”, no designaba solo una época remota de la cual emergieron las relaciones sociales capitalistas –pretérita y primigenia–, sino el acto histórico que, a cada momento, constituye dicho orden en su totalidad (Bonefeld, 2012). Según Rhina Roux, allí encontramos la clave teórica de los estudios de Marx sobre la sociedad capitalista, a saber, que en la génesis de esta forma de vida social hallamos un proceso histórico sostenido en la *violencia*, no solamente como presupuesto genético del capital (momento originario), sino como su constante histórica. Robo, fraude, expropiación, rapiña, castigo y disciplinamiento desfilan en el célebre capítulo XXIV de *El capital* en el que Marx describió el largo y cruel parto de la sociedad moderna y han vuelto a visibilizarse en el último cuarto de siglo.

La intelectual mexicana advierte que la consideración del despojo y la violencia como momentos constitutivos del capital –y no sólo como acontecimiento histórico pasado–, no fue en Marx el resultado de una reconstrucción histórica, sino más bien una deducción lógica del análisis teórico de la dinámica de capital. Si a los métodos desplegados en su

génesis histórica Marx los llamó “acumulación originaria”, no fue por ubicarlos en el pasado, sino para distinguirlos de aquellos que eran resultado de su acción como capital. En tal sentido, la diferencia entre acumulación originaria y acumulación ampliada no recae en su ubicación en el tiempo, sino en determinaciones formales: se trata de la diferencia entre el despojo como *presupuesto* del capital y el despojo como *resultado* de su existencia (Roux, 2008). En la misma línea argumentativa, De Angelis destaca que en tal sentido la clave en el abordaje de Marx es el concepto de *separación* entre productores y medios de producción, esto es, la expropiación forzada de la capacidad de los seres humanos como sujetos de su praxis. Así, la diferencia entre acumulación originaria y acumulación propiamente dicha no es de carácter sustantivo sino que remite a las condiciones y formas mediante las cuales esa separación es realizada (De Angelis, 2012). Una vez establecida, a través de la acumulación originaria, permanece como presupuesto y acción constitutiva de las relaciones sociales dentro del capitalismo, subsumidas bajo la nueva legalidad de la valoración capitalista. Según esta hipótesis, una vez consumada la escisión originaria entre productores y medios de producción, aquella se perpetúa y reproduce a escala ampliada mediante “la silenciosa compulsión de las leyes económicas”. La acumulación propiamente dicha depende de la coerción sorda de las relaciones económicas ya establecidas. Por el curso usual de las cosas (naturalización) se garantiza la dependencia y explotación. En tanto los sujetos subalternos aceptan los requerimientos del capital como una ley natural, la acumulación no necesita de nuevas acumulaciones originarias. Pero la lucha de los y las subalternos/as representa una ruptura de esa aceptación. En efecto, el capital se ve obligado a desplegar procesos de acumulación originaria *ex novo*, que buscan profundizar el proceso de privatización y mercantilización de lo común. Se trata cada vez de una nueva escalada de violencia por parte del capital, toda vez que el trabajo se erige como un obstáculo para su reproducción y genera rigideces en la dinámica de la producción/acumulación. En síntesis, siguiendo a De Angelis, la acumulación originaria es la producción *ex novo* de la separación entre los sujetos y sus medios de vida.

En suma, es preciso delinear el horizonte de interrogación en torno de la escisión entre economía, política y cultura como campo de problema de las ciencias sociales. Es sólo a partir de una comprensión de la *separación*, que se puede realizar una crítica del capital como relación social que rompe con la explotación en tanto forma constituida y estática, pues marca la dinámica del antagonismo como proceso de acumulación por desposesión, por despojo. Una vez que la separación se da por sentada, se puede entender el campo de lo histórico-social como una existencia constituida, es decir que se da por sentado lo que en verdad necesita ser explicado. El retorno de la categoría de acumulación originaria, como separación continua de los seres humanos respecto de sus condiciones de existencia, permite reconocer la dinámica conflictiva y siempre inconclusa que constituye el antagonismo social dentro el capitalismo. El pensamiento crítico no puede reducir la realidad a la identidad de lo que efectivamente es, a las formas sociales constituidas, más bien debe poder advertir en la realidad presente un campo de posibilidades abierto entre el pasado y el futuro, entre la memoria histórica y las utopías del presente.

1.2. El neoliberalismo como estrategia de despojo

Este debate es imprescindible para una lectura de la conflictividad social en América Latina. En el último cuarto de siglo hemos asistido a un nuevo proceso de acumulación originaria como intento de resolución de la crisis capitalista abierta en los años 70. La estrategia de la “globalización” aparece, bajo esta perspectiva, como nueva expansión del capital a escala planetaria.

Vivimos años en que la expansión del capital atraviesa nuevamente uno de sus grandes ciclos y, bajo la forma de una reestructuración global de las relaciones entre las clases, entre las naciones y entre los capitales, ha iniciado una nueva etapa en la vida y la muerte del capital en el mundo y en cada una de sus regiones. Como ha sucedido en toda su historia, esta renovada expansión se sirve de la violencia estatal, encargada de sostener la nueva dilatación del reino de la mercancía: abrir territorios, imponer nuevas reglas laborales, privatizar bienes públicos, confiscar derechos, detener éxodos migratorios y quebrar resistencias. Como ha sucedido también desde su gestación en el siglo XVI la guerra, la conquista territorial, la destrucción de mundos de la vida y el despojo son momentos constitutivos de esta nueva expansión del capital en el mundo. Actualizada y potenciada por las innovaciones tecnológicas, esta universalización del capital aparece hoy como un cambio de época: una reconfiguración histórica del modo de dominación y sus formas políticas, del espacio global y la geografía, de los entramados culturales y las subjetividades (Roux, 2008: s/n).

Cómo interpretar la imposición del neoliberalismo sino como el proceso histórico por el cual esa privatización paulatina del mundo, que supone las relaciones sociales capitalistas, se intensifica y adquiere niveles hasta el momento desconocidos. Las políticas neoliberales dieron inicio a un drástico proceso de reorganización neocolonial del mundo, que se abrió paso con la misma violencia que en el pasado, a través de prácticas canibalísticas, fraudulenta y depredadoras: arremetió contra las condiciones de trabajo, invadiendo nuevos territorios, mercantilizando la naturaleza, destruyendo relaciones sociales preexistentes, etc.

Opera aniquilando un mundo de vida preexistente, instituyendo, simultáneamente, un “mundo nuevo”. La eficacia histórica de la dominación colonial reposa justamente en la capacidad performativa que la violencia expropiatoria tiene y ejerce recíprocamente sobre los cuerpos y los territorios. Violencia performativa con la capacidad de diseñar territorios por y mediante la “inversión”: inversión del capital que opera la sustitución radical del mundo-de-vida para crear un entorno completamente hecho a su imagen y semejanza, un mundo de, por y para el capital. La “inversión” produce territorios “nuevos”, configurados funcionalmente para ajustarse a los requerimientos del capital, es decir, para ser territorios eficientes, productivos, rentables, competitivos. En suma, territorios de acumulación (Machado Aráoz, 2012: 58).

Ese *nuevo imperialismo*, título que da Harvey al artículo en el que propone la noción de acumulación por desposesión, tiene al igual que en el pasado, al territorio de América Latina como uno de los lugares privilegiado del despojo. Gran parte de la literatura especializada ha enfatizado el vínculo entre la expansión del capital y el recrudescimiento del colonialismo, señalando que la globalización neoliberal, en toda su extensión económica, política y militar, asumió las características de una auténtica *recolonización* de Nuestra América (Seoane, Taddei y Algranati, 2013; Lang, López y Santillana, 2013). En la experiencia histórica del cono sur, ese proceso de espacialización de la lucha de clases, ha marcado diferentes etapas. La imposición de dictaduras militares (la desaparición forzada de personas, la desestabilización de gobiernos democráticos); los ajustes estructurales (los cuales incluyeron una profunda transformación reaccionaria del Estado, el diseño de reformas tributarias regresivas, leyes de flexibilización laboral y reforma de los marcos jurídicos que protegieron históricamente a los/las trabajadores/as); y las políticas de privatización (liberalización y desregulación de los mercados, mercantilización de servicios públicos -educación, salud, vivienda-, pérdida de soberanía).

Durante la última década, la neoliberalización económica puede reconocerse a lo largo de la región en la tendencia a configurar –como salida a la crisis de hegemonía de principios de siglo-, formas de desarrollo que instalaron un nuevo ciclo de crecimiento económico basado en el viejo modelo extractivo/exportador. La expropiación colonial que supone el nuevo extractivismo aparece formulada en la demanda de una diversidad de colectivos sociales, según Horacio Machado Araoz, bajo la figura del *saqueo*:

En las voces de esas subjetividades en resistencia, la expresión “saqueo” alude y sintetiza la lógica práctica de esta nueva arremetida colonial. La lógica del saqueo define y resume, a nuestro entender, la esencia del colonialismo: está en sus raíces históricas. El colonialismo del presente es igualmente saqueo, sólo que bajo nuevos modos de producción. Una hermenéutica de ese grito decolonial – isaqueo!– puede ayudarnos en la comprensión de la naturaleza y alcance de los dispositivos expropiatorios del presente (Machado Aráoz, 2012: 56).

Las relaciones entre política y territorio tienen una larga historia como objeto de reflexión teórica dentro del pensamiento crítico. Incluso, de manera particular, existe una vasta teorización sobre los procesos específicos de territorialización que ha puesto en movimiento el capitalismo a lo largo de su historia (el concepto de imperialismo –Lenin, Rosa Luxemburgo-, la teoría de la dependencia –Cardoso y Faletto y el sistema-mundo –Imanuel Wallerstein- dan cuenta de ello). El núcleo de estas teorías conserva hoy su potencial crítico: la acumulación de capital intenta “resolver” sus crisis de sobreproducción (la absorción de capital y trabajo excedentes) mediante una serie de ajustes espacio-temporales³. El geógrafo David Harvey ha investigado las relaciones entre espacio y poder en el capitalismo contemporáneo, especialmente en relación al desarrollo geográfico desigual que produce la acumulación de capital. El autor advierte que la producción del espacio es un aspecto central de la economía capitalista y, en ese sentido, ha analizado las formas como el poder se ha ido territorializando y cómo se han transformado las

3 El aplazamiento temporal y la expansión geográfica.

estructuras territoriales a lo largo de los últimos cuarenta años. De allí que la categoría de acumulación originaria retorne como clave de lectura para señalar la continuidad de los procesos de desposesión en curso. De la misma manera, permite reconocer el lugar constitutivo que tiene nuevamente el territorio de América Latina para la reconfiguración neoliberal del capitalismo: lugar de conquista y saqueo de los bienes comunes naturales por parte del capital financiero. De la mano de una nueva revolución científico-técnica el capital ha logrado expandirse “a gran escala” en busca de recónditos territorios que dominar, zonas geográficas hasta entonces impensadas como lugares de explotaciones productivas y sometidas a la valorización capitalista.

2. Neoliberalismo y ciclos de resistencia social

Los procesos descritos procuran reconocer las condiciones histórico-sociales que han determinado la dinámica del conflicto social en la región latinoamericana⁴. Tal como pensaba Edward P. Thompson respecto de la formación de la clase obrera, en tanto proceso histórico, la heterogeneidad de movimientos sociales, organizaciones populares, redes y colectivos que se han movilizado en las últimas décadas y resistieron la tendencia a la mercantilización de sus vidas, no nacieron por “generación espontánea” del despojo que procura imponer el nuevo imperialismo. Más bien, sujetas a la iniciativa de los sectores dominantes en una sociedad, las clases subalternas se baten en un terreno marcado por condiciones desiguales bajo las cuales, sin embargo, se organizan e intentan transformar sus condiciones de existencia.

En efecto, cabe destacar que el espacio que intenta reorganizar funcionalmente el capital, al decir de Walter Benjamin, no es un terreno “vacío y homogéneo”, sino lleno de historicidad (*jetztzeit* o tiempo-ahora): un terreno denso marcado por formas de vida, valores morales, experiencias de lucha y organización, tradiciones políticas, memorias personales y colectivas, cosmovisiones culturales y vida religiosa. De ahí que el proceso de acumulación por desposesión tropiece en su camino con las asperezas de la historia y encuentre una multiplicidad de sujetos decididos a organizarse en defensa de sus condiciones de vida, puesto que el avance sobre la naturaleza afecta las posibilidad de

4 Me apoyo en la noción de *determinación* tal como la entiende Raymond Williams: la determinación como “fijación de límites y presiones”. Para el pensamiento determinista, la cuestión clave radicaría en el sentido de *exterioridad* que suponen las condiciones “objetivas”, en las cuales algún poder (Dios, la Naturaleza o la Historia) controla o decide el resultado de una acción o de un proceso más allá –o prescindiendo de– la voluntad o el deseo de sus agentes. Frente a ese determinismo de una objetividad abstracta, Williams, opone otra concepción de determinación: “[...] las condiciones ‘objetivas’ son, y solo pueden ser, resultado de las acciones del hombre en el mundo material, la verdadera distinción sólo puede darse entre objetividad histórica –las condiciones en que, en cualquier punto particular del tiempo, los hombres se encuentran con que han nacido; y por lo tanto, las condiciones ‘accesibles’ que ‘establecen’- y la objetividad abstracta, en la cual el proceso ‘determinante’ es ‘independiente de su voluntad’; no en el sentido histórico de que lo han heredado, sino en el sentido absoluto de que no pueden controlarlo; sólo pueden procurar comprenderlo y, en consecuencia, guiar sus acciones en armonía con él [...] La determinación de este tipo –un proceso de límites y presiones complejo e interrelacionado– se halla en el propio proceso social en su totalidad y en ningún otro sitio” (Williams 2000: 105-107).

reproducción de sus modos de vidas⁵. La territorialización de la política ocurre entonces en ese espacio *lleno*, marcado por la historia política y cultural de los pueblos tanto como por la economía. La conflictividad se abre en esa dialéctica histórica entre pasado, presente y futuro: la continuidad de aquella lógica de la *separación*, como antagonismo objetivo a nivel de las prácticas sociales incluye a su vez procesos de subjetivación que le dan sentido. En palabras de E. P. Thompson, es a partir de una “*economía moral*” que los sujetos se comprometen en la defensa de la naturaleza como bien común. En tal sentido, advierte Bernardo Mançano Fernandes (2005), podemos pensar en la construcción y disputa entre *territorialidades* antagónicas. Una, la racionalidad capitalista organizada en función del despojo y la cada vez mayor explotación de hombre y mujeres junto con la extorción de la naturaleza hasta el límite de lo posible. La otra, construida desde un conjunto heterogéneo y plural de prácticas comunitarias, memorias colectivas y sociabilidades diversas que hacen de la defensa de la vida de los otros y de la naturaleza el fundamento de la organización socioterritorial.

2.1. Hacia una periodización regional de la protesta

El devenir de la lucha social tiene una historia y puede periodizarse. Tomo de manera resumida el análisis y sistematización de la dinámica del conflicto social que han construido José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati -nucleados en el *GEAL*- para la región latinoamericana. Ellos establecen un esquema que identifica cuatro períodos entre 1990/95 y 2012. El proyecto neoliberal encontró desde los tempranos 90 un aumento de la conflictividad social, aunque no siempre visibilizada y con la suficiente fuerza como para cambiar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, fue recién en la segunda mitad de la década que comenzó a tomar forma en América Latina un nuevo ciclo de cuestionamiento social a las políticas neoliberales y sus consecuencias. El aumento de la conflictividad social y las protestas en diferentes países marcan el inicio el primer período de *resistencia social al neoliberalismo* que estará definido por acontecimientos políticos clave, puntos de inflexión, en la historia reciente de la región: el levantamiento zapatista el 1 de enero de 1994 en Chiapas (México); las primeras puebladas y cortes de ruta piqueteros de Cutral-co y General Mosconi durante el 1996 y 1997, al sur y al norte de Argentina; los conflictos y movilizaciones indígenas en Ecuador que se inician con el levantamiento del *Inti Raymi* en 1990. La conflictividad aquí contó con una característica particular, la de una dinámica que recorría los territorios nacionales desde las periferias hacia los centros urbanos, impulsadas por movimientos con capacidad de articulación nacional que tenían como fuente de identificación su desposesión (los sin techo, los sin trabajo, los sin tierra).

Un segundo período de conflictividad se abre entre los años 2000 y 2005, denominado por los/la autores/a de *crisis de hegemonía del régimen neoliberal*. Dicha crisis fue directamente proporcional a la capacidad destituyente de los grupos subalternos, cuya acción precipitó la caída de seis gobiernos durante ese primer lustro que inaugura el siglo

5 Esta es la razón por la cual gran parte de las prácticas de dominio espacial se encaminan a borrar las marcas territoriales que dan cuenta de las desigualdades que produce (destrucción creativa), generando una tabula rasa para la transformación técnica del espacio.

XXI⁶. Es un momento en el que la conflictividad transforma profundamente el panorama regional consolidado en las décadas precedentes, pues están en juego grandes disputas sociales y levantamientos populares. El ciclo que se inicia a partir de 1998 coincide con una crisis económica regional de carácter recesivo que, junto al aumento de las protestas sociales, provocará el debilitamiento de la hegemonía neoliberal, logrando resquebrajar el hasta entonces impenetrable pensamiento único imperante, y frustrando o demorando los procesos de recolonización iniciados durante los 90. Los movimientos y experiencias de resistencia social lograrán entonces avanzar hacia una nueva programática emancipatoria. Este momento coloca al territorio latinoamericano como uno de los espacios más relevantes de resistencia y formulación de alternativas al capitalismo a nivel global (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 47).

En efecto, el fin de la fuerte hegemonía neoliberal dio paso a un tercer período que dibuja un panorama latinoamericano mucho más heterogéneo y que los/la autores/a denominan de *crystalización institucional y estabilización de las relaciones de fuerzas*. Se trata de una etapa que coincide con la recuperación económica regional, muestra un mapa de estabilización de la correlación de fuerzas, donde tienden a desaparecer los fuertes levantamientos populares y ciclos destituyentes. Así como el período de crisis adoptó diferentes formas e intensidades según la singularidad de cada país, también las respectivas salidas nacionales a la crisis de hegemonía dieron paso a una diversidad de configuraciones que se expresa, por ejemplo, en el circuito electoral que se da en la región entre 2005 y 2009. El cuarto y último período, a partir de 2008-2009 hasta el 2012, está determinado a nivel global por la intensificación de una crisis multidimensional que además coincide, a nivel latinoamericano, con una nueva ofensiva estadounidense en la región⁷ y lo que puede denominarse una *ofensiva extractivista*. Estos tres aspectos resultan el marco histórico-social sobre el cual fueron adquiriendo mayor relevancia los llamados conflictos socioambientales.

Existe hoy un amplio acuerdo dentro del pensamiento crítico en reconocer que la salida de la crisis de hegemonía de principios de siglo ha significado, para el conjunto de América Latina, la expansión del extractivismo. Maristella Svampa, por ejemplo, afirma que América Latina en el último decenio realizó el pasaje del *Consenso de Washington* al *Consenso de los Commodities*, basado en la exportación de bienes primarios a gran escala, pues “se ha venido intensificando la expansión de proyectos tendientes al control, extracción y exportación de bienes naturales, sin mayor valor agregado” (Svampa, 2012: 16). Así lo atestigua el caso estudiado por la autora, la minería metalífera a gran escala o minería a cielo abierto. A pesar de que Argentina no proviene de una economía minera a gran escala, el país ocupa el sexto puesto en el mundo en cuanto a su potencial minero: entre el 2003 y 2007 el total de inversiones acumuladas en el país fue multiplicado por más de ocho, pasó de 660 millones de dólares a 5600 millones de dólares; mientras que el crecimiento acumulado de proyectos aumentó un 740% en esos cuatro años, para llegar a un total de 336 proyectos en diferentes grados de avance (Svampa, 2012: 19).

6 En Ecuador Abdala Bucaram (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005); en Bolivia Gonzalo Sánchez de Lozada (2003) y Carlos Mesa (2005); Fernando de la Rúa en 2001 en Argentina; y Alberto Fujimori en Perú (2000).

7 La ofensiva de Estados Unidos tiene su aspecto más importante en el golpe de Honduras y la firma del pacto que permite 7 bases militares en Colombia.

2.2. Ofensiva extractivista y conflictividad social: la centralidad de los bienes comunes

Efectivamente, la configuración de los nuevos escenarios sociopolíticos en la región, como salidas a la crisis de hegemonía, coincidió con una nueva fase de crecimiento económico regional (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 63-64). Esa recuperación de las economías latinoamericanas fue considerada excepcional debido a la prolongación de seis años seguidos de incremento del PBI regional (2003-2008), el cual estuvo asociado al significativo cambio experimentado en la estructura de la demanda mundial -marcada por un aumento de la demanda asiática, principalmente China- y el aumento tanto de las exportaciones de materias primas (*commodities*) como de los precios de las mismas en el mercado internacional.

Este nuevo ciclo de crecimiento en las economías regionales tendió a disimular incluso los efectos de la crisis global iniciada a fines del año 2007. América Latina parecía quedar a salvo de las peores consecuencias de la crisis global debido al excepcional crecimiento que se sostuvo entre 2003-2011: a excepción de la caída del PBI regional en 2009, entre el 2008 y 2011 las tasas de crecimiento se mantuvieron aunque a tasas más bajas (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 84). Pero allí está el dato crucial, esa mirada optimista del “blindaje” no puede ocultar que en el mismo período de crisis global, las actividades extractivas exportadoras de la región se expandieron con una intensidad mayor que en el pasado. Sucede que la crisis involucró a Nuestra América de una manera particular. No se presentó bajo los ropajes conocidos de crisis anteriores -desocupación, ajuste estructural, recesión, etc.- sino que

(...) dicha crisis global se expresó regionalmente y en el Sur del Mundo como profundización y extensión del modelo extractivo exportador; o, lo que es lo mismo, como intensificación de la acumulación por despojo en un nuevo ciclo de mercantilización y apropiación privada de los bienes naturales. Se trata así de una verdadera ofensiva extractivista como expresión regional de la crisis global (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 84-85).

Los autores sostienen la hipótesis de una ofensiva extractivista en los últimos años a partir de la lectura de algunas de sus formas de manifestación, como es el hecho de que América Latina y el Caribe se convirtieran en las regiones donde más creció lo que se denomina la *Inversión Extranjera Directa (IED)*, la cual se orientó particularmente a la explotación de bienes comunes de la naturaleza. En el 2008, 2010 y 2011 (recordemos la excepción del año 2009 en cuanto a crecimiento) la IED representaba, según los años, entre un 70 y un 130% más que el promedio ingresado entre 2000 y 2005; aumentando la participación regional sobre el total mundial hasta alcanzar el 10%. La misma tendencia ilustra el sector de la megaminería, donde la inversión privada en 2011 aumentó a un 40% más que en 2010, que ya había significado un 250% más que lo registrado para el 2003 (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 89).

Más allá de datos estadísticos, esa ofensiva extractivista puede registrarse en la configuración de una verdadera *geopolítica*. Definida, en primer lugar, en relación a las

medidas que se han ido impulsando en los últimos años frente a la crisis climática y la protección del ambiente: el conjunto de acuerdos internacionales promovidos desde la llamada “economía verde”, una tentativa de relanzar el crecimiento económico global a partir de un nuevo ciclo de mercantilización de la vida y la naturaleza. En segundo lugar, a partir de 2009, podemos advertir una nueva contraofensiva del poder estadounidense para expandir y reforzar el despliegue de sus fuerzas militares en la región y la desestabilización de gobiernos democráticos. Por último, el *GEAL* señala que la ofensiva extractivista atraviesa igualmente los procesos de integración regional, cada vez más marcados por la necesidad de asegurar las obras de infraestructura para facilitar el comercio exterior de *commodities* (*Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana –IIRSA-*, o el *Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento –COSIPLAN-* dentro de la UNASUR).

En suma, si bien la mayoría de los análisis recurren al aumento de la demanda por parte de China para explicar las variaciones en los precios de los *commodities* (una respuesta “racional” de los agentes económicos en el mercado), desde el pensamiento crítico, puede afirmarse que la consolidación del extractivismo se vincula más bien al desplazamiento de la especulación del capital financiero hacia los bienes comunes de la naturaleza: la financiarización del mercado de *commodities*.

De modo que, este nuevo ciclo de mercantilización y apropiación transnacional de los bienes naturales de la periferia, constituye una expresión particular del impacto que ha tenido la crisis global en los centros capitalistas, y de la creciente aplicación del capital a la periferia a partir de la valorización financiera de los *commodities*. Las consecuencias que este proceso supone, abarcan la dramática intensificación de las lógicas del saqueo y devastación ambiental que el modelo extractivo exportador acarrea (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 138).

En la misma línea, el análisis que hace Camila Moreno (2013) de la llamada *economía verde* deja al descubierto la creciente imbricación entre capital financiero y mercantilización de bienes naturales y su consecuente proceso de privatización (*enclosure*). Moreno advierte que la economía verde se ha constituido en el nudo central alrededor del cual se está organizando y resignificando el discurso hegemónico, en tanto proyecto de salida de la crisis de los sectores dominantes vinculados al capital financiero transnacional, el cual supone como estrategia un proceso de “nueva” acumulación primitiva. Se trata de concebir que toda crisis también pueda ser un momento que depare nuevas oportunidades. Así el G20, en su encuentro de junio de 2012 en México, afirmaba la necesidad de incluir el crecimiento verde como detonador de la inversión. Según la autora, el discurso de la economía verde ha sido muy efectivo –política e ideológicamente- para ayudar a forjar una potente narrativa unificadora por parte del capital financiero. Fue consiguiendo creciente legitimidad en el período postcrisis financiera de 2008, a partir de allí ganó visibilidad principalmente con el llamado del PNUMA para un *Global Green New Deal*; mientras que fue la reunión del denominado *Rio+20* la que marcaría en definitiva la instalación de la economía verde en la arena multilateral como nuevo paradigma para la cooperación internacional. En efecto, el contexto internacional en el que emerge remite a la concertación de un programa global de acción asociado con la recuperación económica para los países del norte (Moreno, 2013: 68).

En síntesis, se trata de una respuesta sistémica a la crisis global que se presenta como una gran novedad cuando en verdad se trata de una falsa opción, puesto que no es capaz de ir más allá del fundamentalismo neoliberal. Por el contrario, lo que busca es redoblar la apuesta procurando que los mercados logren ahora incorporar todos esos otros “activos” (llamados *capital natural*) que hasta el momento quedaban fuera del cálculo económico⁸. En efecto, las “soluciones” que propone no se apartan de la actual economía extractiva, principalmente en la confianza que deposita en los tradicionales mecanismos económicos (inversión, crecimiento, etc.) y la procura de una mayor racionalidad instrumental. Con todo, está claro que la estrategia global de la economía verde conlleva un nuevo momento de acumulación primitiva, de imposición de nuevos cercamientos, al asegurar que lo que antes era un bien común pueda ser transformado en propiedad privada, sometido a los circuitos de valorización capitalista y mercantilizado. Ello ilustra, para los tiempos actuales, la elasticidad y capacidad de acaparamiento y apropiación de las fuerzas productivas que desde siempre movilizó y caracterizó la acumulación de capital.

A modo de cierre: el antagonismo social en tiempos de crisis civilizatoria

La recuperación de conceptos como el de acumulación por desposesión permite un horizonte de totalidad desde el cual leer la conflictividad social y comprender sus dinámicas desde una perspectiva latinoamericana. La disputa en torno al territorio y sus “recursos naturales”, la defensa de la naturaleza como bien común, es comprensible bajo la profundización de una lógica del despojo que abrió en la región un nuevo ciclo de mercantilización, apropiación y control capitalista de los bienes comunes de la naturaleza. Esa ofensiva extractivista es la que determina y dimensiona el proceso de *ambientalización* de la lucha social (Svampa, 2012), la cual se expresa en la visibilidad que adquirieron los denominados “conflictos socioambientales” en la última década. Colectivos y redes regionales e internacionales movilizadas de la mano de movimientos indígenas y campesinos, así como el surgimiento de nuevas formas de movilización y participación ciudadana centradas en la defensa de la naturaleza, la biodiversidad y el territorio. Ese *giro ecoterritorial* de la acción colectiva, al decir de Maristella Svampa, determina también los tópicos que dan cuenta de la emergencia de un lenguaje común producto del cruce entre la matriz comunitaria, la defensa del territorio y el discurso ambientalista: la noción de *bienes comunes*, la idea de *territorialidad*, la demanda de *soberanía alimentaria*, la recuperación del *sumak kawsay* o buen vivir como concepto integrador, la reivindicación del carácter *plurinacional* del Estado, la *autonomía territorial*, etc.

8 Curiosa manera de incorporar los costos de aquellas “externalidades” que desde hace años el ecologismo viene denunciando. La preocupación central de la economía verde es cómo monetizar ese conjunto de activos, cómo identificar los bienes y servicios ambientales y calcular el “valor” que tienen en el funcionamiento de los ecosistemas. Por ejemplo, Camila Moreno describe cómo el *Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas* de Francia calculó en 153 billones de euros anuales el valor económico global de la *actividad de polinización de los insectos*, cuantificando el impacto para los consumidores en términos de la disminución de la producción y el aumento de los precios de los alimentos. Pero, ¿cómo adueñarse de los insectos? El problema de la monetización continúa con los interrogantes acerca de las garantías de la seguridad jurídica: esos títulos deben representar nuevos derechos reales de propiedad privada (Moreno, 2013: 91-92).

Desde el punto de vista de una sociología del conflicto, podemos hablar de una nueva etapa de la conflictividad configurada alrededor de la defensa de los bienes comunes de la naturaleza. De allí la centralidad política que han adquirido –para un proyecto emancipatorio– los bienes naturales y la relación naturaleza/sociedad bajo las condiciones actuales de la neoliberalización capitalista, la cual coloca al ambiente, la naturaleza y la vida humana como centro del despojo y la devastación. Ello explica también en alguna medida el uso extendido que tomó la denominación de movimientos “socioambientales” para referirse a aquellos colectivos que se constituyen en defensa de la naturaleza y sus territorios.

En este punto se abre una posible dificultad en el análisis de esta conflictividad. Puesto que, bajo el lente del proceso de acumulación por desposesión, la supuesta “ambientalización” de la lucha social propia de este momento de ofensiva extractivista, no difiere de la “fisonomía” que caracterizó a la protesta social y el cuestionamiento al neoliberalismo de finales de los 90 y principios de siglo. Pensemos, por ejemplo, en la denominada “*Guerra del agua*” en Cochabamba en abril del 2000. Si tenemos en cuenta la propuesta de periodización del *GEAL* sobre la dinámica del conflicto social en la región, más bien debemos pensar que la posible especificidad de la conflictividad reciente, más que a la naturaleza de los colectivos sociales y sus demandas, se debe a los cambios en los diferentes escenarios políticos y sus respectivas correlaciones de fuerza, en el marco de cada una de las etapas presentadas con anterioridad:

Ello apunta particularmente a los cambios producidos en el escenario político-social latinoamericano en el último quinquenio, a posteriori de la crisis de hegemonía del neoliberalismo (...) Un período que en la medida que va dejando atrás el máximo momento político de la confrontación y aparece signado por la cristalización institucional de las nuevas relaciones de fuerzas, tiende a inscribir la problemática socioambiental en el lugar de la particularidad, en el terreno de lo sectorial corporativo. La respuesta que aparece entonces nos conduce del análisis de las especificidades de los movimientos al de la totalidad social (Seoane, Taddei y Algranati, 2013: 57).

La centralidad de los bienes comunes de la naturaleza en la conflictividad social es producto de esa tensión propia del capitalismo en esta fase histórica, en la cual –como salida de la crisis global– hay un intento de recolonización de nuevos territorios y espacios sociales a través de una feroz ofensiva del capital en el sur del mundo, denominada desde el pensamiento hegemónico como “economía verde”. En efecto, la denominación de “socioambiental”, si bien pretende dar cuenta de cierta integralidad –un conflicto que se define a la vez social y ambiental, inextricablemente unidos–, corre el riesgo de naturalizar lo que aparece como particularidad de determinadas demandas, desconociendo la radicalidad de un conflicto que tiende a configurarse como *crisis civilizatoria*. Esto es, un antagonismo social que envuelve la totalidad de la vida social bajo las continuidades entre política y ecología, entre economía y cultura, entre lo social y lo ambiental, reenviando a una disyuntiva sistémica: dominar la naturaleza o vivir bien (Ceceña, 2012).

A contrapelo de la teoría social del último tiempo respecto de la acción colectiva, que tiende a comprender la configuración de los conflictos contemporáneos como una contienda postmaterial –ligada más bien a una lucha por el reconocimiento o los códigos

de nominación- (Melucci, 1999), aquí es crucial reconocer la *materialidad* profunda que se juega como determinación de los antagonismos sociales: se trata de bosques, ríos, suelos y agua, pero también se trata de la historia densa de las que hablan sus marcas, una historia en la que interviene tanto la cultura, la política y la religión como la economía. Esa materialidad es, tal como pensaba Marx, una síntesis de múltiples determinaciones, la unidad de lo diverso.

Aquella estrategia de globalización del despojo mencionada más arriba, pone en evidencia, de manera acelerada, los límites de un planeta que es finito. La palabra globalización nos informa que el mundo es un globo. Sin embargo, advierte Franz Hinkelammert (2006), esa *globalidad* de la tierra es la que el método de las ciencias empíricas y la acción del mercado tienden a negar en su afán de convertir todos los componentes que la habitan en “objetos a conquistar”. En efecto, ambas parecieran trabajar con una imagen del planeta que resulta ser preptolomeica, como una planicie infinita que puede someterse a una explotación y privatización sin límites, destruyendo una porción para avanzar sobre la que sigue. La globalización del cálculo de utilidad y maximización de la ganancia, para resultar eficiente, *debe* hacer abstracción de la redondez del globo, pero junto a ella hace abstracción también de las condiciones de posibilidad de la vida humana. Para esa racionalidad medio-fin que sostiene en última instancia la mercantilización de la naturaleza no aparecen los límites, más bien la relación costo-beneficio debe extender los límites al máximo de lo posible: los informes de impacto ambiental básicamente miden eso, ¿cuánto cianuro pueden soportar los ríos y las montañas? El problema es que ese límite no puede conocerse *ex ante*, sólo se lo reconoce a posteriori, una vez que se ha traspasado el límite, es decir, conocemos su límite *ex post*. Pero este saber ya no nos sirve. Es inútil. Nadie puede resucitar a los muertos, nos encontramos en un punto de no retorno.

En efecto, la construcción y defensa de la naturaleza como bien común puede ser escuchada, a la manera como Michel Löwy (2005) escucha la voz de Benjamin en las tesis sobre el concepto de historia, como un *aviso de incendio*. Un alerta frente al intento de colonización por parte de una lógica desenfundada que lo devora todo, para la cual los límites no aparecen, sino a partir de la resistencia de seres humanos y movimientos sociales que se oponen al proceso destructivo resultante. Hoy el asunto no es si el capitalismo podrá sobrevivir o no a esta crisis terminal, puesto que no es el sistema social en tanto tal el que se encuentra en crisis, sino las diferentes formas de vida que habitan dentro de él. Así, el proceso descrito como acumulación por desposesión, ese nuevo imperialismo de Harvey, tiende a la creciente mercantilización de todas las dimensiones de la vida y cuenta con nuevos recursos geopolíticos, tecnológicos, militares y jurídico-políticos. Resultan ser las condiciones objetivas que determinan, fijando límites y presiones, las dinámicas de la conflictividad social en *Nuestamérica* contemporánea. Pero las condiciones objetivas son también condiciones de posibilidad, de múltiples y variadas expresiones de resistencia que desde la más amplia pluralidad de experiencias históricas y culturales en toda la región se oponen a estos procesos destructivos, poniendo en juego sus experiencias comunitarias, memorias, tradiciones y modos de vida diversos que permiten hacer de la vida de los otros y de la naturaleza un *bien común*.

Referencias bibliográficas

- ACOSTA, Alberto (2009) **La maldición de la abundancia**. Quito: Abya Yala-CEP.
- ACOSTA, Alberto y MARTÍNEZ, Esperanza (2009) **Derechos de la naturaleza**. Quito: Abya Yala.
- ALIMONDA, Héctor (2006) “Una herencia en Manaus (anotaciones sobre historia ambiental, ecología política y agroecología en una perspectiva latinoamericana)”. **Horizontes Antropológicos**, Nro. 25, 237-255.
- BONEFELD, Werner (2012) “La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social”. **Revista Theomai**, Nro. 26, 56-68.
- CECEÑA, Ana Esther (2012) “Dominar la naturaleza o vivir bien: disyuntiva sistémica”. **Debates Urgentes**, Nro. 1, 117-129.
- DE ANGELIS, Massimo (2012) “Marx y la acumulación primitiva. El carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas”. **Revista Theomai**, Nro. 26, 16-35.
- FERNANDES MANÇANO, Bernardo (2005) “Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais”. **Revista OSAL**, Nro. 16, 273-283.
- HARVEY, David (2004) “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión” en PANITCH, L. y LEYS, C., **El nuevo desafío imperial The Socialist Register**. Buenos Aires: CLACSO.
- HINKELAMMERT, Franz (1998) **El grito del sujeto**. Costa Rica: Editorial del DEI.
- HINKELAMMERT, Franz (2003) **El sujeto y la ley**. Costa Rica: EUNA.
- HINKELAMMERT, Franz (2006) “La globalidad de la tierra y la estrategia de la globalización” en A. BORON, J. AMADEO y S. GONZÁLEZ (compiladores) **La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas**. Buenos Aires: CLACSO.
- HOLLOWAY, John (2004) “Clase y clasificación” en HOLLOWAY, J. (compilador), **Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico**. Buenos Aires: Herramienta.
- HOUTART, François (2006) “Los movimientos sociales y la construcción de un nuevo sujeto histórico” en: BORON, Atilio, AMADEO, J. y GONZÁLEZ, S. (compiladores) **La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas**. Buenos Aires: CLACSO.
- LANDER, Edgardo (2009) “Tendencias dominantes de nuestra época ¿Se nos agota el tiempo?”. **Compendium**, Nro. 22, 85-106.
- LANDER, Edgardo (2011) “El Estado en los actuales procesos de cambio en América Latina: proyectos complementarios/divergentes en sociedades heterogéneas” en LANG, M. y MOKRANI, D. (compiladoras) **Más allá del desarrollo**. Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.
- LANG, Miriam, LÓPEZ, Claudia y SANTILLANA, Alejandra (compiladoras) (2013) **Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI**. Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.

- LÖWY, Michael (2005) **Walter Benjamin. Aviso de incendio**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LÖWY, Michael (2011) **Ecosocialismo**. Buenos Aires: Herramienta/El colectivo.
- MACHADO ARÁOZ, Horacio (2012) “Los dolores de Nuestra América y la condición neocolonial”. **Revista OSAL**, Nro. 32, 51-66.
- MELUCCI, Alberto (1999) **Acción colectiva, vida cotidiana y democracia**. Mexico: El colegio de Mexico/Centro de estudios sociológicos.
- MIDNIGHT COLLECTIVE NOTES (2012) “Los nuevos cercamientos”. **Revista Theomai**, Nro. 26, 2-15.
- MORENO, Camila (2013) “Las ropas verdes del rey. La economía verde: una nueva fuente de acumulación originaria” en LANG, M., LÓPEZ, C. y SANTILLANA, A., **Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI**. Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.
- ROUX, Rhina (2008) “Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época”. **Revista Herramienta**, Nro. 38. Disponible en <http://www.herramienta.com.ar> Consultado el 15/03/2014.
- SEOANE, José, TADDEI, Emilio Y ALGRANATI, Clara (2010) **Recolonización, bienes comunes y alternativas desde los pueblos**. Rio de Janeiro: IBASE.
- SEOANE, José, TADDEI, Emilio Y ALGRANATI, Clara (2013) **Extractivismo, despojo y crisis climática**. Buenos Aires: El Colectivo/Herramienta/GEAL.
- SVAMPA, Maristella (2012) “Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina”. **Revista OSAL**, Nro. 32, 15-38.
- SVAMPA, Maristella y ANTONELLI, Mirta (2009) **Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales**. Buenos Aires: Biblos.
- WILLIAMS, Raymond (2000) **Marxismo y literatura**. Barcelona: Península.
- WOOD, Ellen Meiksins (2000) **Democracia contra capitalismo**. México: Siglo XXI.



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA



espacio
abierto

Cuaderno Venezolano de Sociología

Vol 25, N°1 _____

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en marzo de 2016, por el **Fondo Editorial Serbiluz**, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
produccioncientifica.luz.edu.ve